

# Con respecto a signos y símbolos

*Donald Meltzer*

## NOTA INTRODUCTORIA

Este trabajo, que se complementa con el trabajo posterior sobre “Símbolos y Alegorías” leído en la Conferencia de Florencia en Febrero de 2000, describe el problema de la sinceridad (“querer decirlo”) como el de distinguir las formaciones simbólicas autónomas de los símbolos o signos convencionales que lleva la cultura. Estudia algunas de las implicancias sociales y de desarrollo de las dificultades inherentes en la formación simbólica.

Mi trabajo sobre “Sinceridad”<sup>1</sup> se inspiró en la lectura del trabajo más tardío de Wittgenstein de filosofía lingüística. En las *Investigaciones Filosóficas* pasa bastante tiempo discutiendo el significado, la diferencia entre “decirlo” y “querer decirlo”<sup>2</sup>. Me condujo a prestarle atención al problema en el análisis del analista queriendo decir lo que le dice a su paciente y el paciente queriendo decir lo que le dice al analista. Investigando este problema me di cuenta que el lenguaje no es una forma muy disciplinada de “querer decirlo” por ser el lenguaje tan convencional. Esto me llevó a continuar con una diferenciación más clara de las estructuras lingüísticas entre los signos y los símbolos, que tienden a equipararse entre ellos en los trabajos de gente

---

<sup>1</sup> En *Sinceridad y otros trabajos: Obras Escogidas de Donald Meltzer*. Buenos Aires, Spatia editorial

<sup>2</sup> N. de la T.: Es difícil traducir la diferencia entre “saying it” (‘decir’) y “meaning it” (‘querer decirlo sinceramente, decirlo de veras’).

como Saussure y Lacan. Lo que pasa con los signos es que son sólo una manera de señalar cosas; usan palabras para señalar. Consisten casi exclusivamente en nombrar en forma convencional cosas y funciones. En tanto la gente use signos para comunicarse entre sí, no puede “querer decir” nada, simplemente está señalando el mundo. Los símbolos son algo totalmente distinto y muy misterioso, porque son totalmente intuitivos y son continentes para el significado emocional. Estaríamos inclinados a decir que cuando la gente usa símbolos para comunicarse entre ellos, automáticamente “lo quieren decir”.

Pero la dificultad aparece porque no todos los símbolos son autónomos –es decir, creados en la mente del que habla. La mayor parte de los símbolos que usamos en nuestra comunicación son símbolos convencionales, *recibidos* –recibidos de otra gente. Como la moneda que usamos en nuestra vida cotidiana, se desgastan. Un símbolo recibido es como una moneda vieja en la que uno puede ver la cabeza pero ningún otro detalle del monarca. Es muy difícil transmitir cualquier significado emocional cuando se usa estos desgastados símbolos recibidos. Las emociones que transmiten son más bien la sombra de la emoción, el trasfondo emocional, plasmando muy poco de lo específico o apasionado. Pero el lenguaje transmite un significado emocional no sólo a través de las palabras sino también a través de la música. Es llamativo que cuando uno escucha a los poetas leer su propia poesía transmiten una música muy peculiar. Parecen hacer un sonsonete. Estoy pensando en T. S. Eliot, y el poeta galés Dylan Thomas: parecen canturrear una especie de conjuro. La opinión de Susanne Langer es que el origen de la formación de símbolos, hablando paleontológicamente, está en la música entonada como conjuro, y en los ritmos de la danza primitiva. Uno podría imaginarse que cuando los poetas entonan su propia poesía querrían también estar zapateando como los bailarines flamencos.

Por lo común la música del discurso es bastante convencional de cultura en cultura. Si se escucha hablar a alguien en el salón de un restaurante, se puede identificar más o menos el país del que procede. Se necesita un fonólogo para identificar los distintos sonidos que se hacen, pero éstos son convencionales, dictados por la cultura e inculcados en la temprana infancia. Hace mucho que se ha aprendido que para enseñar una lengua extranjera lo

primero que se debe aprender es la música, usando quizá un medio como las canciones y las poesías. Indudablemente ésta es la forma en la que los niños aprenden en un comienzo a hablar, repitiendo con el laleo la música escuchada, mucho antes de aprender de sus madres los nombres de los objetos y las palabras que se ajustan a esa música.

Bien desde el principio se impone el simbolismo convencional al niño; éste escucha la música del lenguaje de su madre en el útero. Lo convencional del lenguaje juega en contra de la posibilidad de “querer decirlo” cuando “lo dice”. Como fajas de los pañales, restringen su desarrollo y la expresión de sus sentimientos, y lo obligan a ventilar sus sentimientos con ruidos que no son lenguaje, que sin embargo son los sonidos que muestran la formación de un discurso interno. Estos comienzan en la infancia con el llorar, el gritar y demás, y por supuesto gradualmente se vuelven obscenidades. Yo sugeriría, que éstos le parecen el único tipo de sonidos que pueden despertar alguna respuesta emocional en los padres. Pero actualmente vemos tanta convencionalización de las obscenidades que ya casi no queda ninguna obscenidad que pegue un golpe emocional. Por lo tanto se le hace más y más difícil a la gente expresar sus emociones en palabras. En nuestra cultura actual, no es suficiente que un cantante pop grite obscenidades, debe actuarlas –y también esto se ha vuelto algo banal. Y esta dificultad para expresar a través de las palabras empuja a la gente a la acción, del mismo modo que en el psicoanálisis el paciente es empujado al acting out debido a su incapacidad de encontrar palabras para expresar sus sentimientos.

En el bebé la comunicación consigo mismo comienza mucho antes de que aprenda o desee comunicarse con el mundo externo. El laleo y luego el juego son manifestaciones de una organización interna. Los procesos en el análisis son una evidencia bastante convincente de que (como en el bebé) las emociones se sienten en primera instancia como estados corporales: me duele la panza, me duele la cabeza, me duele el corazón, etc. Sólo gradualmente estos estados emocionales que primero se sienten como estados corporales encuentran un modo de transformarse en símbolos y puede soñarse con ellos.

Es el sueño el que viene al rescate del paciente, como lo hace con el poeta. Nuestro lenguaje es muy rico en palabras para describir objetos y funciones, pero muy pobre en palabras para

describir emociones. El poeta depende mucho de sus sueños: son como una mina de oro para encontrar sus símbolos autónomos. Los encuentra en su vida onírica. Lo mismo pasa con el paciente: si no puede recordar sus sueños se encuentra en una posición de sentirse totalmente paralizado para transmitir su emoción a su analista excepto por medio del acting out o del acting en la transferencia. Sus sueños lo rescatan de su incapacidad para la formación simbólica consciente. El lenguaje onírico comienza a modelar una poesía propia, especial para ese paciente y ese analista en su relación transferencial-contratransferencial exclusiva y especial.

Al mismo tiempo que es cierto que el analista puede introducir en el discurso con el paciente algo de su propia poesía –su propia formación simbólica–, el discurso es en su mayor parte (en tanto sea creativo) creación del paciente, a través de la formación simbólica contenida en sus estructuras oníricas. En mi opinión uno de los indicadores más importantes de progreso analítico es el avance en la naturaleza del soñar del paciente. El desarrollo general va desde los sueños anecdóticos largos a sueños condensados simbólicos cortos. Un poeta bastante famoso que tuve como paciente me asombró desde el comienzo con un bombardeo de formaciones simbólicas condensadas autónomas en sus sueños. Los pacientes que no progresan en análisis lo demuestran al continuar con sueños anecdóticos largos casi indistinguibles de la vida cotidiana.

Para volver al problema original de distinguir entre “decirlo” y “querer decirlo”: la diferencia parece depender de la capacidad del paciente para la formación simbólica en su vida onírica. Pero esto nos lleva a otra dificultad, que es que la formación simbólica autónoma, al ser idiosincrática por naturaleza, puede tender a volverse ininteligible para otra gente. Pienso que el gran ejemplo de esto es *Finnegan's Wake* de James Joyce. Esta obra no es sólo una broma o una venganza hacia el público que lo ignoró tanto tiempo, ya que estuvo trabajando en ese libro durante catorce años y obviamente puso su alma en él. Pero es ininteligible debido a su descontrolada formación simbólica idiosincrática. Se puede ver en cualquiera de sus páginas (y difícilmente se pueda progresar más allá de la primer página) que la música de las palabras se ha desprendido de los objetos a los que se refiere. Se puede ver con bastante claridad que las referencias son tan

privadas y desconocidas para cualquiera menos para el escritor mismo, que su relación con el mundo objetal es completamente insondable o en el mejor de los casos sólo conjeturable. Si se coloca el *Ulises* de James Joyce en un polo de la prosa poética, entonces en el polo opuesto (el del lenguaje absolutamente convencional compuesto de símbolos recibidos que parecen llenos de significado pero que en realidad están totalmente vacíos), van a encontrar la oratoria de cualquier político que quieran citar como ejemplo. Es el idioma de la propaganda y está despojado de contenido emocional, pero está calculado para suprimir cualquier tipo de pensamiento en el oyente. Si se preguntan después de escuchar hablar a un político, “¿qué quiso decir?”, todo lo que pueden hacer es citarlo –no pueden decir lo que quiso decir, sólo pueden decir lo que dijo.

Toda la manera de percibir el lenguaje tiene un significado especial como se puede ver observando la relación madre-bebé, porque es allí donde está el origen de la lucha entre la emoción y lo convencional. Se ve frecuentemente que la presencia en la familia del observador de un bebé tiene un efecto terapéutico, marcado sobre todo en la atmósfera; parece bastante evidente que ese efecto terapéutico es la consecuencia de que la madre le ha mostrado al observador lo interesante que es el bebé. Esto la ayuda a desplazarse del lugar de controlar y enseñarle al bebé al de escuchar y observar al bebé, de modo que su actitud se transforma en un preguntarse, “¿qué quiere decir el bebé? Una de las cosas que nos enseñó Esther Bick fue que el significado de la conducta del bebé y del niño no era algo obvio. Es una cuestión de interpretación, y la interpretación es algo que surge de la observación cuidadosa. El significado de la conducta del bebé se le aparece al observador como una intuición, surgida de prestarle atención a lo que le está sucediendo al bebé. Ahora bien, esta lección de la Sra. Bick es la que ella misma aprendió del psicoanálisis en primer lugar, y creo que en cierta medida de Melanie Klein. La lección es que la actividad primaria del analista no es la interpretación: es antes que nada la observación y la descripción. Cuando analista y paciente están de acuerdo con la descripción de lo que está sucediendo en la transferencia y en la contra-transferencia, entonces su significado o interpretación podrá volverse gradualmente evidente para ambos.

Esta orientación ocasiona ciertas dificultades que fueron muy

evidentes en el movimiento psicoanalítico: en especial esas personas como Melanie Klein y Esther Bick que se basan en la observación cuidadosa para generar intuiciones, desarrollan una capacidad para saber lo que piensan y sienten, y para saberlo con gran certeza. El problema es que cuando uno conoce la intuición con certeza y la pone en palabras, suena como si uno estuviese hablando con omnisciencia, con gran certeza de estar en lo cierto. Siempre se acusó a la gente como la Sra. Klein y Esther Bick de ser arbitrarias, de ser omnipotentes, de tratar de forzar sus opiniones sobre los demás por el grado de certeza con la que las expresaban. Pero esto no se debía a su convencimiento de que fuesen correctas. Se debía a su sentido de saber con precisión lo que pensaban y sentían acerca de una situación específica. Esto quiere decir que cuando “decían” algo lo “expresaban con sinceridad”, y cuando lo querían decir lo querían decir y no estaba abierto a la negociación. La negociación del significado es la forma usual que lleva a la gente a pensar que piensan parecido. Los procesos de paz bastante estériles que vemos suceder en todo el mundo son negociaciones donde todos están tratando de encontrar alguna forma de compromiso exagerando sus demandas y alegrándose de arreglar por la mitad. Este tipo de negociación no es posible cuando una persona sabe con claridad lo que piensa y siente.

La próxima dificultad aparece ante la queja a la Sra. Klein o a la Sra. Bick: “¡Pero ayer usted dijo algo distinto!” y a la que contestan “Cambié de opinión”. ¿Cómo puede alguien cambiar de opinión cuando lo veían tan claro el día anterior? Nueva evidencia. Por supuesto que el negociador siempre busca ser consistente y por lo tanto dice hoy lo mismo que dijo ayer, porque es una posición negociadora. Está bastante satisfecho de ceder una pulgada si su oponente cede una pulgada y a eso se le llama llegar a la verdad. Pero si como la Sra. Bick o la Sra. Klein uno está en contacto estrecho con su intuición y bastante seguro en ese momento de lo que le dice su intuición, entonces uno por supuesto está preparado a cambiar de opinión en cuanto se introduzca una nueva evidencia en sus pensamientos y en su experiencia.

Ningún niño paciente es más alarmante que el del mutismo electivo, y nos deja completamente perplejos hasta que descubrimos que el mudo electivo es elocuente de otras maneras, ya que

no con su lengua. Uno entonces descubre que el mudo electivo es inteligente con sus manos y que sus dos manos llevan una conversación elocuente que casi corresponde a un drama, a un ballet, a una demostración de maniobras bélicas, todo tiene lugar a través de las manos, que se comunican entre ellas. Es extremadamente frustrante cuando uno tiene un paciente adulto que manifiesta esta especie de mutismo electivo en la sesión porque uno no puede verle las manos. La elocuencia que tiene lugar es totalmente interna. Lo que pasa con el niño con mutismo electivo es que comienza a murmurar y uno descubre que siente como algo terriblemente agresivo hacer sonidos en la boca y que casi cualquier sonido que viene de su boca lo siente como algo obsceno y probablemente no muy diferente del gas saliendo del recto. El hacer ruidos anales es uno de los orígenes de la tendencia de los niños a la obscenidad.

El problema de la negociación es que está basada en un concepto de la verdad por consenso –no por descubrimiento sino por consenso. Parte de nuestra idealización de la democracia es pensar que un individuo, un voto nos tiene que llevar a la verdad. La negociación no es una forma de comunicación –es una forma de acción como una lucha con espadas o a puñetazos. Alguien debe ganar, alguien debe perder; no tiene nada que ver con la comunicación y el descubrimiento de la verdad de los sentimientos o pensamientos de uno y de otro. Bion en su última obra *El Alba del Olvido* (el tercer tomo de *Memorias del Futuro*), parece haber descrito su concepto final de integración de la personalidad de un modo en que todos los personajes de los dos primeros volúmenes se juntan para formar una “comisión”, con el sólo propósito de discutir y no para decidir nada. Esta comisión debía investigar cualquier cosa que estuviese en la agenda desde todos los puntos de vista existentes (“vértices” como los llamó anteriormente). Esto tiene una importante trascendencia, porque en el primer esquema de Bion, de lo que llamó “la grilla” del pensamiento, la última columna la llamó “acción”. Pronto lo reconsideró y tomando prestada la frase de Poincaré que “la respuesta era la desgracia de la pregunta”, concluyó que la acción detenía al pensamiento. La última columna en la evolución del pensamiento no debió ser acción sino comunicación. Sí, pero ¿qué se hace cuando se enfrenta a un enemigo que sólo actúa y no piensa? ¿Existe algo como una guerra defensiva o es un problema cristia-

no que al momento que uno toma las armas uno se vuelve un agresor? Es verdad que uno no puede comunicarse con alguien que solamente actúa y no se comunica. En Irlanda del Norte el proceso de paz se detuvo por que el IRA no está dispuesto a dejar las armas: pero esto es irracional porque esto significa decirle al IRA que sólo puede venir a la mesa de negociación si promete no hacer propaganda agresiva. Pero no es una mesa de negociación en busca de la verdad; es una mesa de negociación a favor de procesos de regateo y por supuesto que el IRA como cualquier otro grupo minoritario descubrieron que el argumento más poderoso es tener un arma. No se puede regatear a menos que se tenga un arma en el bolsillo. Probablemente tengamos que aceptar que somos todavía una cultura muy primitiva que no sabe cómo comunicar. Probablemente es mejor por lo menos hacer como que uno se comunica porque eso abre la posibilidad de descubrir que uno no puede hacerlo, y las negociaciones de paz son mejores que la guerra abierta porque son una especie de alto el fuego. No es muy probable que el sueño de Platón de un rey filósofo suceda en el tiempo de vida de nadie.

Volviendo al discurso interno del bebé, y al proceso de laleo, no parecería poder transformarse nunca en un lenguaje, que fuese más allá, por ejemplo, de la mímica. Pero uno muchas veces encuentra que gemelos idénticos desarrollan un lenguaje privado entre ellos surgido del laleo original. Cuando un filósofo como Wittgenstein dice que no existe algo como un lenguaje privado, pienso que debemos suponer que nunca ha visto la psicopatología de gemelos idénticos. La invención de un lenguaje privado no es probablemente un proceso muy creativo; tal vez es una cuestión de codificar el lenguaje escuchado de modo que se vuelva indecifrable. En realidad es muy fácil codificar algo mientras que descifrar un código (como en la historia del linear B) es una tarea muy difícil. Hay un cuento de Edgar Allan Poe llamado “El Escarabajo de Oro” donde hace esta proeza de decodificar un mensaje del Capitán Kid donde describe la ubicación de un tesoro enterrado. Al principio al leer el cuento uno se queda muy impresionado de la inteligencia del escritor. Sólo después de terminarlo uno piensa, “un momento – él es quien creó el código, no tuvo problemas para decodificarlo”. De modo que sospecho que estos idiomas privados entre gemelos se crean por este tipo de codificación del lenguaje escuchado. Es una actividad favorita



entre los niños. Cuando yo era joven había algo llamado Pig Latin, que consistía simplemente en invertir la primera y última letra, si recuerdo bien. Esto aparece mucho en familias donde los padres hablan un segundo idioma como idioma privado sin darse cuenta que los niños rápidamente aprenden a comprenderlo.

Al mismo tiempo que me parece que los niños primero expresan sus pensamientos de un modo primitivo a través de ruidos y movimientos que son equivalentes a canturrear y bailar, creo que el pasaje de ruidos a obscenidades proviene de sus pares y no de los padres. Cuando proviene de los padres tiene un significado distinto, una música celestial. Posiblemente signifique la música de la sexualidad parental. Pero lo que aprenden de los pares es el lenguaje de la rebelión, las palabrotas de la rebelión. Los padres no exponen restricciones –imponen clases. Los niños no pertenecen a la clase de los que tienen cultura sexual, no tienen voto y no pueden usar malas palabras –sólo los adultos pueden hacerlo. La revuelta contra esta estructura de clases se llama terrorismo.

La habilidad de encontrar palabras para expresar lo que se quiere decir no es extensa. La facilidad más asombrosa que conozco es la de Joseph Conrad, cuya lengua nativa era el polaco y que aprendió a escribir con soltura en el inglés más maravilloso. Sin embargo realmente su fluidez requirió un trabajo duro. Apparentemente sólo podía escribir alrededor de 350 palabras por día, y esto gracias a que su mujer lo encerraba en el ático hasta que hubiese terminado. En cuanto a los neologismos, como sugerí en el caso de *Finnegan's Wake*, creo que por lo común son una confesión de impotencia verbal. Tenemos suficientes palabras para elegir si uno las conoce. Dudo que exista alguna razón para los neologismos, excepto para propósitos científicos, cuando se descubren nuevos fenómenos que realmente merecen un nombre nuevo. En contraste, todas las compañías farmacéuticas continuamente inventan neologismos no para describir nuevas drogas sino para crear un monopolio a través de una marca.

\* \* \*

Retomando ahora la cuestión que tiene que ver con los padres y sus hijos como también con los analistas y sus pacientes, el asunto está en la elección entre enseñar y observar. Las ansiedades de los padres y las ansiedades en la contratransferencia son

severas. Todos tenemos en mente un concepto de progreso, como un mapa de ruta desde A a B, representando la historia de nuestra peregrinación por la vida, por lo menos la historia que nos hemos contado. Difícilmente resistimos el deseo de que nuestros hijos y nuestros pacientes sigan el camino de ladrillo amarillo para ver al hechicero. La disciplina de observación de bebés que nos enseñó la Sra. Bick se opone a enseñarle a la madre el modo correcto de criar a su bebé. Algunas veces nos sentimos amenazados observando una tragedia, a pesar de tratar de ser cuidadosos en la elección de nuestras familias para observación o nuestros pacientes para análisis. Este es el gran test de humildad: resistir el interferir, sabiendo que no conocemos el camino correcto.

El gran maestro de esta humildad es la experiencia de tratar a niños hiperactivos, esos pequeños animales que están en movimiento desde el nacimiento, incorregibles, incapaces de hacer contacto, incapaces o no dispuestos a modular su ritmo y patrón al de los humanos que los rodean, furiosos cuando se los detiene y encantadores como perritos cuando se los gratifica. Usualmente aparecen para terapia bastante temprano debido a su capacidad de frustrar y enfurecer a los padres, a las niñeras, y luego a los maestros y a otros niños. Pero se adaptan al setting analítico en forma sorprendente. Muchas veces desde el primer momento parecen fascinados por el interés atento del terapeuta, y comienza un proceso de cambio que puede ser enorme.

Lo que uno ve en un período de dos a tres años es la aparición de una inteligencia centelleante que recapitula la historia conceptual de la raza, muy parecido al modo en que el desarrollo embriológico del feto repite la filogenia anatómica. Hace su aparición la atención, que limita la acción y permite que tenga lugar el contacto emocional. Misteriosamente, el juego parece surgir, luego el laleo del lenguaje interno, y finalmente el lenguaje. El contacto da lugar al apego, a las ansiedades de separación y a los terrores. Dentro de los tres años alcanzan a sus coetáneos. ¡Asombroso! Y el terapeuta, arrastrado por esta explosión de desarrollo, apenas tuvo tiempo para ofrecer interpretaciones.

Pero ¿por qué debemos sorprendernos tanto de que brote la capacidad innata para el desarrollo, suspendida por la falta de algún elemento en el ambiente? ¿Y por qué debemos asombrarnos de que parezca seguir un curso infalible en el desarrollo

conceptual –dado que todavía ignoramos el medio por el cual se transmiten miles de años de herencia cultural? ¿Es más fácil darle crédito a la operación a través de los genes de millones de años de evolución corporal, sólo por que es más largo? Nombramos “genes” como un niño dice “carburador” sin darse cuenta de la profundidad de su ignorancia. Pero peor aún, sobre la base de esta piel de conocimiento, osamos interferir con los procesos de la naturaleza. Deberíamos contentarnos con señalar y nombrar, describiendo nuestra reverencia y admiración por estos procesos.

Nuestro entrometimiento y la omnipotencia que lo empuja, toma la forma de enseñanza, profesando un conocimiento que no tenemos. Es ilusorio y surge de lo que pensamos como sentido de la responsabilidad. Es difícil ser un observador sin entrometerse. Nos atormenta la esperada acusación, “¿por qué no me detuviste?” Todos somos un poco hiperactivos, y tenemos poca fe en la “comisión” interna de Bion de explorar desde todos los vértices posibles por medio de la comunicación. Si pudiéramos limitar nuestra actividad a señalar y nombrar, a usar signos conscientemente, podríamos darle tiempo a la “comisión” interna a formar sus símbolos y crear la base de la vida onírica de la comprensión de nosotros mismos, de nuestros hijos, de nuestros pacientes. Entonces todos podríamos intuir esta comprensión. No necesita ser enseñada. En realidad, como cualquier arte, no puede ser enseñada.

Traducido por Beatriz Schechter.

*Donald Meltzer*  
23 Alexandra Road  
Oxford OX2 0DD  
England